

...Varios de los que se han
como un punto, y se ve en
...en el punto de vista de
la mano al lado del
...preservando como
...Los que se han
...los que se han
...los que se han
...los que se han



El Billeto de Lotería

A Manuel Jose Othon.



I

Blas Carranza y Genoveva Villa hubieran formado un matrimonio á pedir de boca, á haber tenido á su disposición todo lo necesario para dar á ésta cuanto hubiese pedido; y lo preciso, además, para pagar al casero, á la lavandera, al sastre, al sombrerero, al zapatero, al confitero y á tantos otros dispensadores de cosas necesarias ó útiles, de nombres de la misma terminación. Pero en el estado que guardaban, careciendo de los fondos indispensables para hacer esos gastos, no eran ni podían ser felices, aunque se quisiesen entrañablemente: porque las penas que causan el sentir el estómago vacío, ó desnudas las carnes, ó descalzos los pies, ú oír

el airado coro de los acreedores, desde el boticario hasta el carnicero, que reclaman el pago de sus créditos, no son para mantener los humores en aquel estado de ponderación y armonía que se necesita para la dicha.

No carecía Blas de aptitudes; pero no había podido desarrollarlas, en parte por falta de recursos pecuniarios, y en parte por timidez y cortedad de carácter. Es cierto que no pocos millonarios, particularmente en los Estados Unidos, han comenzado por los oficios más humildes, como Cornelius Vanderbilt, de quien se cuenta que, cuando adolescente, fué barquero y llevaba granos á Nueva York por el Hudson (lo que no le impidió con el tiempo y á fuerza de trabajo y perseverancia, llegar á ser uno de los primeros capitalista del mundo); pero también es verdad que los luchadores animosos que por fin han triunfado, han tenido un ánimo abierto y emprendedor. Así lo prueba Smiles en su famoso libro "Self-Help;" y por cierto que los personajes que allí cita y menciona como ejemplo de enérgica iniciativa, en nada se parecían á Carranza, quien por corto y apocado, bien hubiera podido ahogarse en un vaso de agua ó ser ahorcado con un cabello.

El caso es que á pesar de los conocimientos de Blas en ingeniería agrícola, de

sus bien fundadas teorías sobre irrigación y cultivo de terrenos y de los sólidos principios que profesaba sobre crianza de todo género de ganado, así lanar como caballar, bovino y porcino; no acertaba á valerse de tan elevada sabiduría, que le hacía intrínsecamente acreedor á honra y provecho, para vencer los rigores de la suerte y las ferezas del hambre. El súbito desquiciamiento de la fortuna de su familia, habíale obligado á dejar inconclusos sus estudios, por lo que carecía de título que ofrecer al público como garantía de sus aptitudes profesionales. Pero no por eso había dejado de la mano las ciencias; antes con mayor ahinco que nunca había seguido devorando los libros, hasta aprenderlos de memoria, de pasta á pasta, ó, como suele decirse, de cuero á cuero. Su afición á la agronomía y el deseo de practicarla, le habían inducido á cuidar algunos tiestos semirrotos, que regaba, abonaba y sembraba haciendo en aquellos puñados de tierra todo género de experimentos con diversos guanos, semillas y preparaciones, y á diferentes grados de saturación acuosa; figurándose con el candor de un niño, que aquellas eran vastas haciendas que cultivaba, y que los resultados obtenidos en ellas, eran abundantes cosechas que iban dejando henchidos sus graneros y reventando sus bolsillos.

Cualquiera hubiese dicho que estaba loco.

Así se pasaba los días removiendo tierra, y con la regadera en la mano, soñando con nivelaciones, desecaciones, desmontes, plantíos, presas y pasaderas, entretanto que su cara mitad se desvivía por darles de comer á él y á Lucianito, su tierno heredero, con veinte centavos ó cuando más veinticinco diarios, que el agrónomo solía coleccionar llevando las cuentas del tendero de al lado. Genoveva barría la accesoria con aquellas manos que parecían manojos de rosas, sacudía paredes y muebles, limpiaba y frotaba ladrillos y vidrios, lavaba la loza, hacía la comida y remendaba la ropa, sin darse mucha prisa, con método y asiento extremados; de suerte que, aunque no parecía que hiciese gran cosa, todo lo dejaba en su lugar y listo á la hora debida. Mientras ella se ocupaba en aquellas faenas, Lucianito trastabillando y con el paso tardo de los niños que comienzan á andar, procuraba descomponer cuanto ella iba arreglando: echaba abajo las sillas, hacía pedazos y sembraba papeles por el suelo, sacaba de la cesta las verduras, volcaba la olla del puchero y llevaba á cabo otras mil diabluras y atrocidades. Con todo eso, no lo graba enfadar á la madre: Genoveva se divertía lindamente en medio de aquella

zambra, por más que gritase á toda hora:

—¡Lucianito!... ¡Ahora lo verás!... ¡Deja el candelero!... ¡Cuidado con los periódicos!... ¡No metas la mano en el agua!... ¡Niño, niño, es el betún de los zapatos!... ¡Te has puesto como un diablito!

Blas asistía como ausente á aquellas escenas, siempre ensimismado en sus sueños agrícolas. Con todo, de tiempo en tiempo tenía momentos lúcidos y se quedaba absorto contemplando á Genoveva tan joven, tan hermosa, tan alegre... y tan infeliz. Y se dolía de ver sus faldas hechas guiñapos, sus zapatos y medias dejando ver por los agujeros y hendeduras, el cutis blanco y sonrosado de unos piecitos tan pequeños y hermosos como los de un niño, y aquella abundante cabellera, que parecía diadema imperial, simplemente recogida en nudo ateniense sobre la cabeza y atada con cintas bastas y descoloridas, por falta de lazos de seda ó terciopelo que iba reclamando. Dolíale también el corazón de ver que Lucianito no tenía más que trajes de géneros burdos, solía andar en piernas, y no se ponía zapatos sino para salir á la calle.

Carranza en aquellos momentos suspiraba muy hondamente, y reflexionaba con amargura que era centro y causa de aquellas miserias; pero, cuando iba á llorar ó

á desesperarse, se despeñaba de pronto é inconscientemente en sus acostumbrados idilios. Y miraba con ojos extáticos extensas praderas pobladas de rebaños; oía el bramido de los toros en las dehesas y el mugido de las vacas y de los becerros en los establos; y se quedaba suspenso contemplando el engañoso miraje de abundantes trigales, maizales corpulentos, bosques resonantes, canales de agua cristalina, molinos estridentes, carros cargados de hierbas y de cereales, y movimiento y tragín de vastas negociaciones campesinas. Una vez en juego su desenfrenada imaginación, no se paraba ya por ningún motivo. Seguía funcionando con la misma actividad con que arde la del náufrago cuando ve mástiles, velas, chimeneas y humo en los horizontes desiertos del mar, en tanto que se le agotan las fuerzas y siente que la masa cristalina de las olas le llega á los labios, le llena la garganta y va hinchándole el pecho y arrancándole la vida.

II

En la misma casa de vecindad que habitaban Carranza, Genoveva y Lucianito, vivían, en la vivienda contigua, don Ignacio y Damiana, padre y hermana respec-

tivamente de Genoveva, tanto como desolación, azote y calamidad del hogar de Carranza. El suegro era escribiente en el Ministerio de Comunicaciones y ganaba un sueldo mensual de sesenta duros, con lo cual bastaba y sobraba para que padre é hija gastasen una soberbia inaguantable, se creyesen individuos de familia dinástica y mirasen á Blas y á los suyos como á seres infelices y de estirpe inferior.

Don Ignacio era un viejo bilioso, de cutis cetrino, alto, anguloso, lampiño y de voz estentórea. Cuando él decía una cosa, ¡la hacía y tres más! Cuando él levantaba la voz ¡nadie le alzaba gallo! Y cuando él daba una orden, ¡cartucheras al cañón cupieran ó no cupieran!

Damiana era una parlanchina inaguantable; reñía con los vecinos por la causa más leve, tenía quejas contra todo el mundo, y le decía claridades al lucero del alba. Al matrimonio de su hermana le tenía particular inquina: comenzaba y no acababa hablando de la miseria en que se ahogaba ese hogar, de la pereza de Blas, de la falta de carácter de Genoveva, á quien solía llamar "la esclava," y de lo feo que era, y roto ó figuroso que andaba Lucianito. Malas lenguas decían que la vieja solterona, más pecosa y amarilla que un huevo de pavo, estaba despechada por no haber podido casarse, y que podía te-

nerse por cierto que para salir de la humillación de su donceller, sería capaz de contraer matrimonio con el hombre despierado que pedía limosna en la puerta de la Catedral. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el hogar de su hermana era el centro de los pensamientos, de las reflexiones, del desprecio y de las invectivas de la solterona; sin que la consideración del parentesco la humanizara, ni le tocara el corazón la suma pobreza de aquellos míseros seres.

La mañana en que se abre esta verídica historia, era una hermosísima del principio de septiembre. Había llovido la noche anterior; pero se había despejado el cielo á la madrugada y ostentaba ese azul profundo propio de la estación de las lluvias. El sol abrillantaba las gotitas de agua que se mantenían adheridas á los cristales de las ventanas; y el calor que irradiaba de los cielos, hacía subir de las bardas remojadas por la lluvia, vahos azulados apenas perceptibles. De todas las jaulas que adornaban los pasadizos de las accesorias, se escapaban cantos de pájaros, y las muchachas pobres de las viviendas, llenas de bienestar y de contento cantaban trozos de las zarzuelas al uso, ya amorosas, ya picarescas, ya tristes, según el temperamento y el humor de que se sentían poseídas. Era tan radiosa la mañana, que

parecía propia á vencer prolongados marasmos, á sacudir inveteradas tristezas, y á hacer aceptables luchas largo tiempo esquivadas. Las niñas casaderas esperaban hacer aquel día alguna brillante conquista; y los mancebos ardientes soñaban con huries de ojos negros y buena dote— porque los galanes de hoy día suelen andar afiliados en la escuela positivista.

Don Ignacio, aunque hombre de edad provecta y duros espolones, sentía también la influencia de aquella luz y de aquella fresca atmosférica; sin que sea posible explicar de qué medios se habían valido el cefirillo blando y suave y el rayo rubio de sol para mejorar y ablandar aquellos miembros anquisolados, aquellos vasos artríticos y aquellos tendones debilitados y laxos. El caso era que el viejo se sentía bien, y que gritaba con voz más fuerte que nunca, juraba de un modo terrible y hacía con cada puñetazo bailar la zarabanda por largo tiempo á los trastos que alhajaban la mesa.

Recrudencia de nerviosidad, de maledicencia y de hiel había producido también el buen tiempo en el temperamento de Damiana, quien sentía en aquellas horas benditas, más suelta la lengua, más fácil la inventiva y más chispeante la sátira. Es el eterno sistema de la naturaleza: la compensación en todo y por todo, des-

de el gusano en el botón de la rosa hasta la víbora de cascabel en los bosques de los trópicos. La exuberancia de la vida cría la miel en la grieta de las rocas y la ponzoña en la boca de los reptiles.

Don Ignacio y Damiana acababan de almorzar y charlaban estrepitosamente de sobremesa. La voz de ésta, bajita é incesante, parecía la de una fina lluvia inagotable, mientras que la ronca é intermitente de aquél, semejaba la de uno á otro rayo desprendido de las nubes.

—Padre, decía Damiana, es ya insopor- table esta situación. Me da vergüenza vivir al lado de esas gentes (sus deudos) tan dejadas de la mano de Dios y tan buenas para nada. Al ver al muchacho tan desgarrado y á ella tan "pegada" al trabajo, van á suponerse las gentes que nosotros somos como ellos; que yo soy tu criada y que tú eres uno de los siete durmientes, una marmota que no sale nunca de su letargo.

—Al primero que lo diga, le parto el alma, rugió el viejo escribiente.

—No creas que te lo digan. Bien se guardarán de eso, porque saben que tienes dignidad y no permites que nadie te falte; pero lo pensarán para sus adentros y se lo comunicarán entre sí á la sordina. A mí nadie me quita de la cabeza que los vecinos nos ven á poco más ó menos, que

nos siguen con los ojos cuando pasamos, y que se dan al codo en nuestra presencia.

—¿Quiénes son ellos? vociferó don Ignacio más colérico que de costumbre. ¡Dime quiénes son!

—Todo el mundo, padre, no se exalte; no es posible que vd. le calle la boca á todo el mundo. Y se me figura también que nos han de criticar á vd. y á mí porque no mantenemos de todo á todo á esos gorriones. Han de decir que somos egoístas, indolentes y perversos. ¡Como si tuviéramos la obligación de quedarnos en cueros para cubrir las desnudeces ajenas, ó fuese obra meritoria alentar la pereza de los parientes!

—Blas es un holgazán de siete suelas.

—No tiene delicadeza. Pasa el día cuidando plantas y regando macetas como una muchacha romántica, y deja que ruede el mundo, como si en él no estuviesen su mujer y su hijo. Afortunadamente para Blas, se ha unido á una mujer que no parece tu hija ni mi hermana, que no sabe hacerse respetar, ni tiene amor propio; que le sirve de rodillas; y que es al mismo tiempo cocinera, lavandera, costurera, recamarera, mandadera y esclava.

—No sé cómo he podido aguantar todo eso, exclamó don Ignacio cerrando los puños. Mucho tiempo hace que hubiera debido darles una lección.

—Y bien la merecen, padre, porque no he visto nada igual á ellos en toda mi vida. La gente que nos rodea, aunque de clase inferior á nosotros, es de otro modo. El hojalatero de enfrente trabaja de firme y tiene una criadita de siete años para que le ayude á su mujer; el sastre del segundo patio nunca deja de dar á su mujer por lo menos cuatro reales diarios, y ésta, cuando no se los ajusta, no le da de comer; el vagonero que vive junto á la cocina, pasa un peso diario á su esposa, y ésta tiene cocinera y recamarera para hacer el quehacer. ¡Y Blas no gana más que unos cuantos centavos al día, que nunca llegan á treinta, y quiere que su mujer haga milagros con ellos y con todo el peso de la casa!

Don Ignacio estaba en ascuas.

—En realidad, padre, aunque nos duela el decirlo, vale menos Blas que el hojalatero, no sirve ni para descalzar al sastre, y debe besar humildemente los pies al vagonero. Y por lo que hace á Genoveva, es como los zapatos viejos de las mujeres de todos esos hombres, verdaderamente hombres, no como Carranza.

El viejo bufaba. Las palabras de su hija le fueron enardecendo gradualmente, y acabó por caer en un paroxismo de rabia de toro acalambrado. Quiso levantarse y no pudo, porque le temblaban las piernas y se sentía mareado.

—Ahora mismo voy á darle una paliza á mi yerno, gruñó con los dientes apretados. Ya que es tan afecto á quedarse en casa, yo le obligaré á quedarse también en la cama. ¡Todavía no me conoce!

—No, padre, eso no, objetó Damiana comprendiendo que el efecto de sus palabras había ido demasiado lejos; eso no, porque se armaría un escándalo mayúsculo.

—¡Y eso á mí qué me importa!

—Nuestra posición, por Dios, hay que respetar nuestra posición.

El argumento fué contundente. Luego se dió cuenta don Ignacio de que siendo quienes eran él y su hija en aquella casa, y figurando en primer término entre aquel plebeyo vecindario, no estaba bien desafinar de tal modo, dando motivo para que interviniera el gendarme y le llevase ante el comisario.

—Pero entonces, ¡qué hago! repuso el viejo acosado. Por una parte me excitas con tus reflexiones y me exaltas con tus palabras, y por otra me privas de movimiento.

—Es claro que algo se tiene que hacer; pero algo que remedie la situación, no que la empeore.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Obligar á Blas á que trabaje.

—Sería más fácil poner en marcha al Ixtlacíhuatl,

—A vd. nadie le resiste, ni menos él, que es tan apocado.

—¿De modo que crees que podré lograrlo?

—Estoy segura de ello.

—Puede ser que tengas razón. En tal caso, hay que poner manos á la obra sin pérdida de tiempo. Necesito galvanizar ese muerto antes de entrar en la oficina.

Y como don Ignacio era hombre "impulsivo," se levantó de la silla como movido por un resorte, tomó el sombrero del clavijero, el grueso bastón de encino (que él había bautizado con el descriptivo nombre de "amansa locos") de un rincón de la pieza, y en dos ó tres zancadas se trasladó á la puerta de la habitación contigua, por donde se coló de rondón, sin decir oxe ni moxte.

III

Acababa Blas en aquellos momentos de salir de su cuchitril y se aprestaba á refrescar las raíces de sus caros vegetales con una regadera vieja que llevaba en la mano, cuando penetró como una racha en la vivienda don Ignacio, golpeando rudamente el pavimento con el bastón á cada

paso que daba. El diletante agrónomo quedó boquiabierto y suspenso ante la presencia de su augusto suegro, con la regadera en alto, medio inclinada hacia los tiestos, pero mal dirigida por la sorpresa; de suerte que los chorros de agua que se escapaban por los agujeros de la hoja de lata, describían una parábola inútil, y caían á plomo sobre sus pobres zapatos rotos y deslustrados.

—Buenos días, vociferó el viejo con fiereza.

—Buenos días, señor don Ignacio, repuso el joven tímidamente.

—¿Dónde está mi hija?

—Arreglando á bebé.

—Y usted, ¿en qué se ocupa?

—Como siempre, señor, haciendo experiencias....

—¿Experiencias de qué?

—De agricultura, señor.

—Quiere decir, divirtiéndose y perdiendo el tiempo. ¿De qué le sirven ni á usted ni á su familia esos embelecros? ¿Cuánto mejor no sería que se dedicase usted á aserrar madera ó á hacer adobes; siquiera ganaría un sueldo de jornalero y algo descansarían mi hija y mi nieto.

—Pero si llego á tener algún terrenito, si Dios me lo da....

—Lo cultivará vd. conforme á las reglas del arte. ¿No es verdad? (Aquí pro-

rrumpió don Ignacio en una carcajada irónica semejante á un rugido.) Y ¿cuándo será eso? ¿Dentro de un siglo? No hay traza de que pueda ser antes. Pero vd. es capaz de matar un buey á pellizcos y de plantar un árbol de los que fructifican á los cien años. Gasta vd. una pachorra capaz de sulfurar al calendario azteca.

Al decir esto, enarboló el viejo su "amansa locos," y dejándolo caer sobre el repleto vientre de los tiestos, los hizo añicos con estrépito, sembrando el pasadizo de fragmentos de cacharro y de tierra negra de la mejor clase. Los tallos de las tiernas plantas que con tanto esmero había cuidado y protegido el agrónomo, se rompieron y remolieron con la caída. Y quedaron por el suelo lastimosamente descubiertas, preciosas y delicadas raíces, unas largas y sutiles como cabellera de dama, otras gruesas y bulbosas como cimborrios y torres moscovitas.

A Blas se le subió de pronto la sangre al rostro, herido á la vez en su dignidad y en sus aficiones por aquel hecho brutal, y aun llegó á hacer un movimiento significativo para arrojar la regadera á la cabeza de su suegro. En esto apareció Genoveva apresurada y llena de susto, todavía sin peinar y con los papelillos de rizar en la frente.

—¿Qué es eso? ¿qué pasa? interrogó en el colmo de la alarma.

—¡Tu esposo, que quiere lanzarme la regadera á la cabeza! dijo el viejo.

—¡Tu padre, que ha apaleado y roto mis macetas! articuló Blas sollozando.

—Pero ¿por qué?

—¿Y me lo preguntas? contestó don Ignacio. Lo sabes mejor que yo. ¡Porque la flema que gasta tu marido me tiene quemada la sangre! No se mueve, no trabaja, no hace nada que sirva. Gasta su tiempo en regar plantitas.

—¿Y bien padre?

—Que eso no se puede tolerar, que es preciso que concluya, y que tengo determinado que concluya.

—¿Y por eso ha hecho usted... lo que ha hecho? articuló Genoveva, ocultando difícilmente su mal humor.

—Sí, por eso, ¿estamos? Por eso. ¿Te parece mal?

—No, padre, pero....

—¡Qué pero ni qué ocho cuartos! He de arreglar esta casa, aunque sea moliendo los huesos á sus habitantes. Ya verán cómo los impulso: las tortugas andan con lumbre.

—Señor, balbuceó Blas, perdidos ya los bríos y vuelto á su habitual apocamiento; bien sabe usted que me sobran deseos de trabajar.

—No, eso no lo sé; no me calunnie vd.

—Sí, señor; lo que pasa es que no ten-

go quien me proteja, ni elementos propios.

—A un hombre digno, le bastan los cuatro elementos naturales: agua, tierra, fuego y aire; pero usted no tiene vergüenza.

—Padre, por Dios, interrumpió Genoveva llorando. Nosotros no le hacemos á usted ningún daño, ni le molestamos con peticiones, ni con quejas.

—¿Crees que tengo sangre de horchata? ¿Quién puede ver con tranquilidad este cuadro?

Blas, nuevamente excitado, pensó contestar á su suegro: "Pues no lo vea usted; váyase y no vuelva." Pero Genoveva lo adivinó, y, adelantándose, repuso:

—Ni mi hijo ni yo nos quejamos; todos estamos contentos.

—¿Con que sí, eh? Pero eso es porque tú y mi nieto tienen alma de esclavos, como dice Damiana.

—Padre, gimió Genoveva, ¿cómo le he de creer á usted que venga á aumentar nuestras penas!

—Porque soy un mónstruo; pero ya me lo agradecerás más tarde. ¡Ea, continuó don Ignacio dirigiéndose á Blas, póngase vd. el jaquet, tome el sombrero y sígame!

—¿A dónde le lleva vd.? preguntó Genoveva.

—¡Al trabajo! gritó don Ignacio.

Blas, intimidado de nuevo, obedeció sin chistar, y se puso el jaquet y el sombrero. Con esto don Ignacio salió por la puerta como una saeta. La joven aprovechó aquel momento para abrazar á su esposo y decirle al oído:

—Dispénsale, Blas, es mi padre. No tardes en volver.

El agrónomo por toda respuesta, besó le frente de Genoveva y voló á reunirse con su suegro.

IV

No había pasado una hora, cuando volvió Blas á su casa más triste y cariacontecido que nunca.

—¿Por qué has vuelto tan triste? le preguntó su mujer. ¿Ocurre alguna novedad?

—Sí, dijo el marido, me he quedado sin mi reloj.

—¿Te lo robó algún ratero? investigó la joven, palideciendo.

—No, lo voy á perder por culpa de don Ignacio.

Diciendo esto se echó el infeliz sobre una silla, dejó caer la cabeza entre las manos y lloró como un chiquillo. Aquel